

DE BUENAS LETRAS

Primer viaje de Federico García Lorca a Baeza

ANTONIO CHICHARRO
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Una mañana como la de hoy 9 de junio de hace cien años despertaba en Baeza, tras un cansado viaje desde Granada el día anterior, un grupo de estudiantes universitarios con su profesor a la cabeza, don Martín Domínguez Berrueta, catedrático de Teoría de la Literatura y del Arte de la Universidad de Granada. Entre esos jóvenes había uno, inconfundible, llamado Federico García Lorca. Acababa de cumplir dieciocho años. No era escritor todavía.

Aquel viaje de estudios, primera etapa de un itinerario por diferentes ciudades de Andalucía todas rebosantes de arte y ricos espacios arquitectónicos para obtener de ellos lecciones in situ, Úbeda, Córdoba y Ronda, le iba a deparar al grupo de universitarios además de ciertos conocimientos y experiencias artísticas la ocasión de conocer a un poeta, don Antonio Machado, profesor de lengua francesa en el Instituto General y Técnico de Baeza, amigo además de Domínguez Berrueta, gracias a la Institución Libre de Enseñanza, matriz en España del excursionismo pedagógico como transversal fuente de aprendizaje. Entre los estudiantes, había uno bendecido por la divinidad, si es que seguimos a Platón, a Horacio y luego a Cervantes en este argumento cuando puso en boca de

don Quijote, hablando con el Caballero del Verde Gabán, padre de un supuesto estudiante y aficionado poeta, la afirmación de que el poeta nace «y con aquella inclinación que le dio el cielo sin más estudio ni artificio compone cosas que hace verdadero al que dijo: 'Est Deus in nobis'».

El encuentro con Antonio Machado, que ya había demostrado poseer también esa bendición, el hecho de escucharlo recitar poemas propios y de Rubén Darío –para empezar, dos lecciones en una– y una absorbente lectura al año siguiente de sus 'Poesías completas', libro que habría de prestarle su amigo Antonio Gallego Burín y sobre el que habría de escribir un hermoso y metapoético poema, ayudarían a fructificar la poesía en aquel muchacho de mirada profunda que había nacido en la vega de Granada por donde el río Cubillas va regando sus campos.

Lo que aconteció en aquel y otros viajes posteriores –otoño de 1916: Castilla, León y Galicia; en 1917, de nuevo a Baeza en primavera y a Burgos y otras ciudades en el otoño– es algo conocido gracias a testimonios de algunos de los estudiantes del grupo, otros testigos baezanos que por allí andaban y el rastro de crónica que a este respecto guarda en el segundo y tercer número la granadina 'Lu-

cidarium. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras' fundada precisamente en 1916. Luego han venido conocidos estudiosos de Lorca que han milimetrado detalles, medido el aire, contado personas, espacios y consecuencias, por lo que no lo voy a repetir. En esos estudios está casi todo y a ellos remito.

No obstante, lo que sí quiero que sepa el lector es que ese viaje engendró en nuestro genial joven Federico una atracción por Baeza, de la que hablan las páginas a esta ciudad dedicadas en su primer libro, 'Impresiones y paisajes', de 1918, que le va a hacer volver en nuevas ocasiones ya sin don Martín. Así lo cuenta su hermano Francisco en 'Federico y su mundo', libro póstumo de 1980: «El gusto por estas excursiones, primer contacto fuera de la monumental Granada, con ciudades y monumentos de arte, hizo que Federico mismo organizara nuevas expediciones a Baeza y Úbeda. Ya en estos viajes, menos académicos, era cuestión de vivir la pequeña ciudad callejeando, asomándose al paisaje, entrando en el casino, charlando con los amigos locales, que ya Federico tenía, y tomando una copa de vez en cuando». Más adelante, tras recordar Francisco una noche de luna llena vivida junto al hermano en la Plaza de Santa María, concluye diciendo: «A pesar de la superior belleza y monumentalidad de Úbeda, nosotros preferíamos, sin saber bien por qué, el ambiente más recatado de Baeza».

Por eso, no me extrañó conocer gracias a una carta de Jorge Guillén dirigida a Germaine, su esposa, y fechada en Baeza el 15 de diciembre de 1927, dos días antes del famoso homenaje a Góngora en el Ateneo de Sevilla, que por allí estuvo Federico García Lorca junto al propio Guillén, José Bergamín, Gerardo Diego, Rafael Alberti, Dámaso Alonso y Juan Chabás. Este fue, que yo sepa, su último viaje a Baeza, cuyos monumentos resultaron ser piedras heracleas también para él.